

*Fedón* es uno de los diálogos principales de Platón, quien, junto con Aristóteles, es el más grande e influyente filósofo, no sólo de la Antigüedad, sino de toda la historia de las ideas. Sus obras, sus Diálogos, tratan todos esos temas que son universales: el amor, la política, la educación, la naturaleza del alma o la muerte.

En la obra que nos ocupa, *Fedón*, se utiliza como marco la evocación que uno de sus seguidores hace de los últimos momentos de la vida de Sócrates.

El centro de su discusión se halla en la demostración de la inmortalidad del alma. Sócrates, condenado a muerte, dialoga por última vez con sus discípulos, horas antes de alcanzar su fin a través de la ingestión de cicuta. Y el tema elegido por Sócrates no es otro que el de la inmortalidad del alma, de su existencia como algo eternamente vivo antes y después de su unión y separación con la carne mortal.

Las dudas de que los discípulos plantean a Sócrates son continuas, así como las demostraciones lógicas de éste.

Varios son pues los puntos que trata en sus discusiones y que van apareciendo conforme avanzamos en la lectura:

En primer lugar rechaza el suicidio, pues somos propiedad de los dioses y sólo ellos pueden dictar la muerte de algo que es suyo. Al mismo tiempo, no obstante, defiende el deseo de morir, puesto que la muerte ha de llevarle, necesariamente a un lugar que comparta con otros hombres buenos o junto a los dioses, espacio reservado especialmente a los filósofos que, afirma, no hacen más que practicar el morir y el estar muertos. Esta afirmación la demuestra diciendo que la muerte es la separación del alma y el cuerpo, y que el filósofo se cuida del alma y evita los placeres mundanos, ya que los sentidos corporales engañan a la hora de encontrar la verdad, que se encuentra por medio del pensamiento y no de otra forma. De manera que sólo hasta el momento en que el alma se separe del cuerpo al encontrar la muerte, el filósofo no alcanzará la sabiduría.

A continuación pasa a demostrar la existencia del alma inmortal, mostrando a sus discípulos la historia del Hades. Para Sócrates, todo tiene su origen en su contrario: lo menor de lo mayor, lo débil de lo fuerte, lo justo de lo injusto. Y de esta forma es fácil colegir que vivir tiene su origen en su contrario, que es el morir. Las almas de los muertos tienen que existir en alguna parte para que sea posible su regreso a la vida, sustentado por la idea del movimiento circular.

El de Sócrates no es el monólogo de un maestro hacia sus discípulos, sino que las ideas son en cada momento susceptibles de ser confirmadas o rechazadas a través de las preguntas y ejemplos que continuamente son trasladadas a Sócrates por parte de sus acompañantes. De una de estas preguntas surge la cuestión del aprendizaje. Se afirma que aprender es recordar algún conocimiento pasado. Se recuerda por semejanza de lo presente con algo conocido en el pasado pero se trata de una comparación de lo que llama lo igual en sí respecto a una referencia diferente, proceso al que se denomina recuerdo. Es necesario, por tanto, un conocimiento previo, que se posee antes de nacer pero que, sin embargo, perdemos en el instante justo de nuestro alumbramiento, para luego recuperarlo paulatinamente a lo largo de nuestra vida por medio del aprendizaje, es decir, del recuerdo.

Pero si es un conocimiento anterior al nacimiento, a la unión del alma y el cuerpo, es necesario que el alma las haya aprendido en un estado anterior, haciéndose necesaria la preexistencia del alma.

Sin embargo –y vuelven a surgir las dudas de los discípulos agilizando el relato– aún no está demostrada la post-existencia del alma, condición imprescindible para confirmar su esencia inmortal. Y así se hace:

La proposición central es que el alma no puede morir puesto que tiene que nacer de nuevo. Dos clases de seres

existen: los simples y los compuestos. De éstos dice que se pueden disolverse y que pueden ser percibidos por los sentidos, de forma que son visibles. En cuanto a los simples, sus características son su indisolubilidad, en tanto en cuanto son indivisibles, y su invisibilidad y, además siempre se presentan en idéntico modo. Así, el cuerpo pertenecerá al primer grupo, el de los visibles mientras el alma forma parte de los invisibles. Planteada así la cuestión, la consecuencia inmediata es afirmar que el cuerpo se disuelve mientras que el alma permanece. Pero el alma, al separarse del cuerpo mortal, arrastra consigo las consecuencias de su vida junto al cuerpo, lo que le lleva a decir que sólo el alma del filósofo se separa llena de pureza. El cuerpo de alguien que no se dedica al cuidado del alma engaña a ésta haciéndole figurarse que lo que está viendo o sintiendo, lo que percibe a través de los sentidos es lo verdadero. Es la filosofía la que se encarga de liberar el alma.

En este punto, Simmias que, junto con Cebes, son los participantes más activos en la discusión de entre todos los que rodean a Sócrates en sus últimas horas, plantea la siguiente objeción: La armonía, la igual que el alma, es invisible e indivisible, mientras que la lira y sus cuerdas son el cuerpo. Si el alma es armonía, cuando el cuerpo se relaja la armonía se pierde y se destruye, muriendo antes que el cuerpo. Por supuesto, Sócrates argumenta rápidamente su respuesta para afirmar que la lira es antes que la armonía mientras que el alma es antes que el cuerpo.

Por su parte, Cebes objeta que el alma tuvo una larga existencia anterior pero que esto no prueba que el alma sea inmortal sino que, tras haberse unido a diferentes cuerpos a lo largo de su vida, acaba muriendo.

La respuesta de Sócrates no se hace esperar y dice que si algo es bello es por la presencia de la belleza en sí. El contrario nunca puede ser contrario a sí mismo, de forma que, por ejemplo, a la idea de impar nunca llegará la idea de par. Siendo el número tres impar nunca será par, aun no siendo lo contrario en sí, es decir, que la idea de tres y la idea de par no son contrarios el uno del otro como puedan serlo el calor y el frío, o la luz y la oscuridad.

El pasaje en el que se desarrolla este juego lógico es uno de los más hermosos del libro, porque muestra claramente la necesidad de un diálogo extraordinariamente participativo entre varias partes en el que Sócrates ejerce de luz y los demás van descubriendo –descubriéndonos– el camino que lleva a la verdad. De esta manera Sócrates conduce a Cebes por el camino de la demostración lógica deductiva y admitiendo la idea de los contrarios anteriormente expresada, continua afirmando que de ese juego de contrarios surge la convicción de que para la vida es necesario el alma, y siendo como es la muerte lo contrario de la vida, y sabiendo que el alma no admitirá lo contrario, que es la muerte, concluimos que el alma es inmortal e indestructible, retirándose sin corromperse del cuerpo mortal.

A partir de aquí entra en escena el mito, parte fundamental de los grandes diálogos platónicos, y que, cerrando el discurso, sirven de colofón y coronan todo el diálogo anteriormente presentado. Sin tener una base lógica, se usa de ellos porque presentan de forma figurada la verdad. En el mito que aquí nos ocupa, se habla, de una forma más poética que real, de la vida de las almas, del bagaje cultural que arrastran tras separarse del cuerpo, por lo que cobra una importancia fundamental el cómo sea su cuidado y educación durante su vida terrenal, fruto del cual encontrará posterior premio o castigo, en ese lugar adonde van las almas y que Platón nos describe en el mito con exactitud geográfica, mostrándonos una tierra recorrida por grandes ríos y corrientes, por donde van circulando los muertos hasta llegar al sitio donde serán juzgados.

El diálogo en sí, como hemos dicho, concluye aquí. Han pasado las horas y el momento decisivo para Sócrates ha llegado. Anochece y Sócrates ha de cumplir la condena impuesta, y lo hace con una sobriedad y serenidad admirables, dignas del gran filósofo que durante toda su vida ha pretendido ser. Bebe la cicuta y muere. Y a partir de ese instante cobran sentido todas las enseñanzas que hemos ido aprendiendo conforme avanzaba el diálogo, como si la muerte de Sócrates fuera el último gran ejemplo de lo que fue su vida. Ahora su alma se separará del cuerpo y llegará a ese lugar donde conviven dioses y hombres buenos.

Quizá las enseñanzas de Platón no hubieran alcanzado la relevancia y admiración de las que son objetos de no

haberlas presentado en forma de diálogos. No sólo visten sus reflexiones de una belleza y una agilidad absolutas, sino que, y esto sin duda es lo más importante, confiere a las ideas una claridad incommensurable. Cada pregunta, cada respuesta y cada reflexión se nos aparecen, unas veces de forma vertiginosa, pausadamente otras, pero siempre sorprendentes y el mismo lector entra sin dificultad en el juego, y acaba por convertirse en otro Cebes u otro Simmias. Quizás ese sea su gran triunfo.